

«AL BUEN CALLAR LLAMAN SANCHO» O LA SUPRESIÓN DE LA VERDAD

Lesley Lipson

Este refrán sumamente irónico que Sancho ensarta con otros muchos en el capítulo 43 de la Segunda Parte resume muy concisamente el tema central de esta comunicación. En ella quiero señalar cómo y por qué desde el capítulo 20 de la Primera Parte Don Quijote ha intentado imponerle silencio a Sancho, no solamente porque sus refranes le dan «tragos de tormento» sino también porque la locuacidad de Sancho podría publicar aspectos de sus aventuras que él preferiría callar.¹ Esta es la causa de mucha tensión dialógica entre ellos. Es imprescindible que Sancho hable menos porque su impulsividad narrativa constituye una grave amenaza para la versión grandilocua de su historia que Don Quijote narraría a la posteridad. Para éste no hay otro remedio sino volverse autoritario, represivo y hacer callar a Sancho.

Por consiguiente numerosas son las veces que Don Quijote pide a Sancho que calle. Aun cuando el verbo no está explícito es un concepto subyacente y una orden tácitamente entendida aunque no siempre obedecida. Por ejemplo cuando Sancho lleva el mensaje a Dulcinea en I, 25 lleva también el mandato que no puede revelar «por los ojos que en la cara tenía» el paradero de Don Quijote (p. 254). Al intentar suprimir el discurso natural de Sancho, Don Quijote no hace sino complicar el asunto de cómo se narrará su historia: y hace que la verdad del caso salga a luz en un subtexto irónico. Así que Don Quijote le impone a Sancho un discurso mendaz que impide que hable con naturalidad. Este subtexto se tiene que leer entre líneas y por debajo y detrás de las palabras enunciadas, precisamente porque Don Quijote no permite que se comunique más directamente.

Aunque mucho se ha dicho acerca de las distintas —y muchas veces contradictorias— voces narrativas en el *Quijote*, apenas se ha hecho caso de Sancho en este contexto. Sin embargo, contribuye materialmente a versiones orales. En efecto es Sancho quien inicia estas versiones orales cuando cuenta la primera etapa de sus aventuras al cura y al barbero en I, 26. Además, el texto nos informa con frecuencia que estas versiones orales se divulgan con la máxima exactitud. Cito

1. *Don Quijote de la Mancha* (ed. Martín de Riquer), tomo II, Madrid, Juventud, 1979, p. 846.

sólo dos ejemplos de los muchos que hay. En I, 27 el ventero cuenta todo lo que sabe acerca de Don Quijote y Sancho al cura «sin callar nada» (p. 259). En II, 56 el mayordomo del duque cuenta a sus amos «punto por punto todas casi, las palabras y acciones» de Sancho en la ínsula (p. 943). Estas versiones orales se dilatan en aquellos pormenores que Don Quijote se esfuerza por suprimir.

El capítulo 20 —el de los batanes— es de suma importancia con respecto a estas dos funciones narrativas de Sancho; la subtextual y la oral. Aquí nos ofrece su primera narración, que tiene resonancias no sólo para el resto del capítulo sino para el resto del texto. Además, las diferencias y tensiones dialógicas entre Don Quijote y Sancho se intensifican en las versiones discrepantes que cada uno narraría de este episodio. Cuando la posibilidad de una aventura se presenta, es decir, cuando se oye el ruido misterioso de los batanes, Don Quijote se prepara retóricamente: «Sancho amigo, has de saber que yo nací, por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro...» (p. 179). Cuando la aventura se niega a realizarse le toca a Sancho repetir —casi con exactitud pero entonadas con ironía— las palabras valerosas de Don Quijote. La capacidad de Sancho para repetir palabra por palabra lo que ha oído se revela primero en su narración de la historia de Torralba. Ha sido comparado muy apropiadamente con una esponja que absorbe lo que se dice a su alrededor.² Viéndose criticado por Don Quijote precisamente por haber repetido los detalles varias veces replica que está observando las convenciones de su pueblo. Para Forcione la técnica narrativa de Sancho refleja su incapacidad para romper con la tradición. Traduzco sus palabras libremente: «El carácter esencialmente deformador del arte [...] está fuera del alcance de Sancho, y fuera del concepto popular de cómo se cuenta un cuento. Para Sancho el artista es el esclavo de los hechos».³ Las palabras de Sancho —«esclavo de los hechos»— tienen consecuencias literalmente resonantes para Don Quijote, que se da perfecta cuenta de que Sancho es capaz de narrar este episodio tal como ha sido, de reiterar los detalles punto por punto.

Los dos se tienen que encarar con la verdad. No ha habido aventura, sólo humillación y miedo. Y así lo define Sancho: «¿No ha sido cosa de reír, y lo es de contar, el gran miedo que hemos tenido?» (p. 189). Don Quijote concede que ha sido cosa digna de risa, pero en cuanto a eso de contarla —¡ni hablar! Es igualmente digno de notarse que Sancho modifica en el acto su referencia al miedo que han experimentado. Falsifica su versión original para pretender que Don Quijote no es capaz de tener miedo. Para justificar la censura de ciertos detalles tal como éste, Don Quijote habla de la responsabilidad del narrador en términos generales: «No son todas las personas tan discretas que sepan poner en su punto las cosas». Para Don Quijote poner su historia en su punto sería perfeccionarla, y quitarle todos los detalles que no le favoreciesen: para Sancho sería descubrirlo todo impulsivamente.

2. E. Chasca, «Sancho-Sanchuelo, Sancho-Sancho, Sancho-Sanchísimo», en *Estudios literarios de hispanistas norteamericanos dedicados a Helmut Hatzfeld con motivo de su 80 aniversario*, Barcelona, Hispam, 1974, 73-86, p. 79.

3. A.K. Forcione, «Cervantes and the freedom of the artist», *Romanic Review*, 61 (1970), 243-255, p. 246.

Mientras Don Quijote se muestra partidario de la censura, Sancho replica con un refrán: «Todo saldrá en la colada». ¿Qué quiere decir con eso? ¿Que no hay mentira que no salga por mucho que se esfuerce Don Quijote? ¿Es una amenaza velada, una especie de chantaje? Planteo esta cuestión porque inmediatamente después Sancho se pone a hablar de ínsulas y regalos. Además, dos capítulos más adelante el narrador picaresco Ginés de Pasamonte recurre al mismo refrán para chantajear al comisario: «podría ser que saliesen algún día en la colada las manchas que se hicieron en la venta; y todo el mundo calle y viva bien, y hable mejor» (p. 209). Don Quijote está igualmente a la merced de las futuras palabras de Sancho, de su texto oral. Mientras Ginés tiene autoridad sobre su propia historia, Don Quijote sólo puede intentar tener autoridad sobre la suya, suprimiendo en Sancho la libertad de expresión. Se cierra el capítulo con la promesa que hace Sancho de respetar el silencio que le ha sido impuesto, pero ya en el capítulo siguiente resuenan la palabra «batanes» y otras palabras afines. Esta es la amenaza que Sancho personifica, la de echarle en cara a Don Quijote la verdad embarazosa... y aun peor, de contársela a otros.

Ya se ha notado cómo Sancho enmienda su referencia al miedo provocado por los batanes. Ahora quiero sugerir que en su imaginación Don Quijote hace una redacción mucho más extensa de este episodio. Anuncia la aventura con mucha retórica esforzada: la aventura es aplazada hasta el día siguiente y Don Quijote reanuda el hilo retórico donde se había interrumpido, como si el diálogo nocturno nunca hubiese tenido lugar. Todo lo que no favorece a Don Quijote ha sido sumariamente eliminado. Actúa como su propio editor. Cuando en el capítulo siguiente no quiere saber nada de los batanes, sugiero que es porque ha decidido eliminar el episodio entero. Callar los hechos es negar que nunca hayan tenido lugar.

La última observación que quiero hacer acerca de este episodio es la relación que se establece entre lo que dice Sancho y lo que dice la gente en general acerca de las aventuras de Don Quijote. Don Quijote estipula —aquí como en otras muchas ocasiones— lo que no se puede decir acerca de él y de sus acciones. Esta tendencia refleja su técnica supresiva esencial: «que no se ha de decir por mí, ahora ni en ningún tiempo, que lágrimas y ruegos me apartaron de hacer lo que debía a estilo de caballero; y así, te ruego, Sancho, que calles» (p. 180). Si Sancho no lo dice, nadie lo dirá. Don Quijote ya intuye que Sancho descubrirá tarde o temprano lo que ha pasado. Pero quiere insistir en que descubra la versión «autorizada».

El asunto de lo que se puede decir o lo que no se puede decir reaparece con frecuencia. Por falta de tiempo me limito a perfilar sólo los momentos más destacados. En el capítulo 23, por ejemplo, después de su escaramuza con los delincuentes, Don Quijote toma el consejo de Sancho y se retira en la sierra Morena, pero con una condición: «que jamás, en vida ni en muerte, has de decir a nadie que yo me retiré [...] de miedo [...] que si otra cosa dijeres, mentirás en ello, y desde ahora para entonces, y desde entonces para ahora, te desmiento, y digo que mientes y mentirás todas las veces que lo pensares o lo dijeres» (p. 214). Este lenguaje melodramático recuerda otro diálogo en el capítulo 17. Don Quijote

quiere hacer confidencias a Sancho pero estas confidencias serán condicionales: «Mas esto que ahora quiero decirte hasme de jurar que lo tendrás secreto hasta después de mi muerte» (p. 151). A diferencia de Sancho, Don Quijote es muy aficionado a los secretos.

El capítulo 46 de la Primera Parte ilustra claramente que la tensión dialógica entre los dos no ha disminuido. Sancho revienta por decir algo a Don Quijote, pero teme su reacción: en cuanto a Don Quijote, el mero hecho de que Sancho abra la boca le infunde temor y se ve obligado a imponerle otra condición: «Di lo que quisieres [...] como tus palabras no se encaminen a ponerme miedo» (p. 469). El potencial narrativo de Sancho sigue siendo causa de recelo para Don Quijote.

Al principio de la Segunda Parte encontramos a Don Quijote «temeroso que Sancho se descosiese y desbuchase algún montón de maliciosas necedades, y tocase en puntos que no le estarían bien a su crédito» (p. 553). En esta ocasión Don Quijote quiere que Sancho confirme su versión idealizada de las aventuras, necesita su apoyo, pero el texto que le ofrece para su ratificación no es el que Sancho ha vivido, y Sancho no está para versiones falsificadas. Una de las funciones fundamentales de Sancho —la de dar el mentís a Don Quijote— se ve formalizada en este diálogo graciosamente lleno de contrapunto. La tensión se refuerza aún más en el concepto de la verdad desnuda. Don Quijote quiere que Sancho le cuente lo que la gente dice de él «sin añadir al bien ni quitar al mal cosa alguna» (p. 555). Suena extraña esta petición. Don Quijote no suele hacer frente a la pura verdad y Sancho está naturalmente indeciso: «Eso haré yo de muy buena gana, señor mío [...] con condición que vuestra merced no se ha de enojar de lo que dijere, pues quiere que lo diga en cueros, sin vestirlo de otras ropas de aquellas con que llegaron a mi noticia». Presenta la verdad como una cosa obscena que necesita ropa para dignificarla. El diálogo entero vibra con la tensión de lo que ninguno de los dos quiere exteriorizar hablando claramente. Para los dos —aunque por razones diferentes— la verdad es causa de recelo.

Uno de los diálogos más reveladores ocurre en II, 31 durante su estancia en el palacio. Aconseja Don Quijote a Sancho que considere bien sus palabras antes de abrir la boca. La respuesta al parecer respetuosa de Sancho revela que es él quien manipula a Don Quijote y no viceversa, es él quien tiene el control narrativo: «Sancho le prometió con muchas veras de coserse la boca [...] y que descuidase acerca de lo tal; que nunca por él se descubriría quién ellos eran» (p. 765). Empieza por tranquilizar a Don Quijote pero termina por amenazarle de nuevo. Poco después Sancho tiene la oportunidad de poner su promesa en obra. Quiere contar un cuento y la mera idea hace temblar a Don Quijote. Lo que cuenta es una anécdota satírica y maliciosa. A estas alturas Sancho no puede hablar de otra manera. La llaneza verbal queda suprimida desde hace ya mucho tiempo. Sancho tiene mucho empeño en ser creído: «Pues lo que quiero decir [...] es tan verdad que mi amo señor don Quijote, que está presente, no me dejará mentir» (p. 766). La ironía de sus palabras es doble. La anécdota alude a la inferioridad social de Don Quijote; precisamente lo que Sancho prometió no revelar y su insistencia en la veracidad del cuento y en que Don Quijote la confirme ironiza la relación de

Don Quijote respecto a la verdad. Así que Sancho hace sus inferencias satírica, paródica y subtextualmente.

Sólo puede hablar en lenguaje llano cuando Don Quijote está ausente y tal oportunidad le es concedida durante su conversación con la duquesa en el capítulo 33. Cuando ella le invita a hablar francamente, se pone pensativo: «se levantó Sancho de la silla, y con pasos quedos, el cuerpo agobiado y el dedo puesto sobre los labios, anduvo por toda la sala, levantando los doseles» (p. 783). Esta imagen de Sancho es emblemática de su frustración verbal durante la mayor parte del texto. Hace mucho que tiene puesto en la boca un dedo metafórico. Por lo menos cuando Don Quijote está presente.

El momento más memorable en el que la verdad se suprime ocurre en II, 41, cuando Sancho pretende que ha jugado entre las estrellas. Don Quijote aprovecha la ocasión para llegar a un acuerdo con él. Se muestra dispuesto a creer lo que Sancho ha dicho si él, a su vez, se dispone a creer lo de la cueva de Montesinos. Estas palabras de Don Quijote —definitivas y evasivas a la vez— concluyen el pacto y el capítulo: «Y no digo más» (p. 837). El silencio de conspirador que Don Quijote intenta imponer al asunto será poco duradero. El narrador ya nos ha asegurado que versiones orales se proliferarán: «Este fue el fin de la aventura [...] que dio que refir a los duques, no sólo aquel tiempo, sino el de toda su vida; y que contar a Sancho siglos».

La mayor parte del texto refleja los esfuerzos que Don Quijote hace por suprimir la verdad embarazosa de su historia. Yo acabo de señalar unos de los momentos más destacados. Llegamos al último capítulo y ¿qué hace? Se confiesa. Toda la tensión cómica de las páginas anteriores se disuelve en esta conclusión irónica. La verdad ha sido restablecida pero, sin embargo, continúa el proceso de supresión. Don Quijote se confiesa a puerta cerrada y en el mayor secreto. Sólo el cura sabe lo que ha dicho. A diferencia de Sancho y a pesar de su propia inclinación narrativa el cura se ve obligado —moral y profesionalmente— a callar la verdad. Después de tantas páginas de supresión e ironía conscientes, la verdad ya no sabe articularse abierta ni libremente. La confesión de Don Quijote se ha realizado tan de repente que la verdad no ha tenido tiempo para suplantar la ironía como requisito esencial del discurso.